

Vida retirada y reflexión sobre la muerte en ocho sonetos de Quevedo

Alfonso Rey
Universidad de Santiago de Compostela

La singularidad poética de Quevedo, especialmente evidente en su estilo, también alcanza a la *dispositio* y a la *inventio*, siendo perceptible esta última en sus frecuentes modificaciones de tópicos y tradiciones. Quevedo dio un tratamiento nuevo al motivo de la *aurea mediocritas* por dos razones: 1) su constante deseo de originalidad, patente en casi todas sus creaciones literarias; 2) su estoicismo, que le empujó a reflexionar sobre la muerte más insistentemente que otros poetas de su tiempo.

Por lo general, el elogio de la vida retirada se articula en torno a dos momentos. El primero, negativo, consiste en un rechazo de las molestias de la urbe, juntamente con los falsos valores del lujo, el dinero y el poder; el segundo, positivo, supone una exaltación de las ventajas de la vida campestre, espirituales y materiales. Es en este segundo aspecto donde mejor se aprecian los rasgos personales de cada escritor, y así ocurre con Quevedo.

Los placeres rústicos, dentro de su modestia, aparecen presentados generalmente con tintes muy atractivos. Virgilio —*Geórgicas* 2, 468-71— ensalza la vida del agricultor mostrando que su patrimonio consiste en anchos campos, grutas, lagos de agua clara, frescos valles y el sueño bajo los árboles («*diues opum uariarum, at latis otia fundis, / speluncae, uiuique lacus, et frigida Tempe / mugitusque boum mollesque sub arbore somni / non absunt*»), que suman su atractivo al de las faenas cotidianas y las estampas hogareñas (2, 515-27). Horacio, singularmente en *Epod.* 2, *Carm.* 1, 1 y 3, 16, *Sat.* 1, 6, 110-129 y 2, 6, 60-71, enumera diversos goces sencillos, desde el agua pura y la fragante hierba hasta los placeres gastronómicos. Tibulo contrapone a la peligrosa riqueza

un escenario apacible, donde no faltan las vides, las manzanas, la cuba llena de vino, la sombra de un árbol, los arroyos y el ganado (1, 1, 7-10 y 27-30). Séneca ensalza en *Hercules furens* una paz cotidiana que incluye descripciones del ganado (139-145), del canto del ruiseñor (146-51) o de un pescador en la roca (154-58), y en otra tragedia, *Hippolytus*, condena la avaricia al tiempo que describe la inocente actividad de quien prepara trampas de caza (502-503).

Es fácil rastrear la pervivencia de esos componentes, campestres o cotidianos, descriptivos o narrativos, en los poetas españoles que cultivan el motivo. Garcilaso menciona en la paráfrasis del *Beatus ille* de su *égloga segunda* la sombra «de un alto pino o roble / o de alguna robusta y verde encina» (vv. 52-53), así como «aquel manso rüido / del agua que la clara fuente envía» y «el canto no aprendido» de las aves (vv. 64-65 y 68). Boscán, en su *Epístola a Hurtado de Mendoza*, completa el paisaje ameno con una lista de atractivos gastronómicos. Aunque fray Luis tiende a disminuir el amable epicureísmo que propiciaba el motivo de la *aurea mediocritas*, su oda *De la vida solitaria* ofrece una exaltación de los atractivos campestres: la tranquilidad del campo (21-25), el canto de las aves (31-35), el huerto (41-60), la fuente, la «pobrecilla mesa» y la sombra placentera (70-85). Bartolomé L. de Argensola no se aparta de esa constante cuando elogia los encantos del «rústico albergue» en la *Epístola a Francisco de Eraso* y la comida sencilla en el soneto «Lo primero, me visto; lo segundo». De manera análoga, los tercetos gongorinos del poema «Mal haya el que en señores idolatra» concluyen con alusiones a la placidez del campo, donde no faltan el prado de esmeraldas, la «fuente cristalina», la «pera gruesa» y «la camuesa» (vv. 112-17).

En unos poemas Quevedo convirtió esa minuciosidad descriptiva en parquedad, con laconismo propio de quien sintetiza una tradición muy cultivada por los escritores y bien conocida por los lectores. «En esa soledad» y «en tu cabaña» son las únicas descripciones que ofrece el poema 21; el 31 habla, también escuetamente, de «mi retiro»; el 102 menciona el «reluciente arado» y «la robusta agricultura» a que se dedica el personaje. En otros casos Quevedo optó, no por la concisión, sino por escenarios poco frecuentes. Tal ocurre con la bahía de Bayas, en el primer cuarteto del poema 55, que aporta un elemento marítimo, de tintes gongorinos, poco esperable en la tradición de tierra adentro del *beatus ille*. El poema 68 introduce un paisaje de tonos melancólicos, donde tal vez el recuerdo de Ovidio sirve para intensificar la nostalgia que ya contenía el modelo senequista. Por último, el poema 109 ofrece un escenario más intelectual que físico, de libros y diálogo con personajes ausentes, muy característico del espacio en que Séneca se comunica con Lucilio. Parece evidente el deseo de evitar lo que el uso amena-